

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

Decía don Antonio Machado que «hoy es siempre todavía», y don Antonio, como todos los grandes poetas, solía tener razón. Hace mucho tiempo que yo debía haberme atrevido a tantear unos renglones para intentar agradecer tantas y tantas cosas como he recibido de ti, unas escapadas de tus libros, otras entregadas de viva voz, de esa voz tuya, Ernesto, tan personal y tan argentina. Hace mucho tiempo. Siempre me detuvo el temor de no alcanzar a decir exactamente lo que mi propio sentimiento exigía. Es muy difícil hablar el idioma del corazón sin caer en la ternura fácil o en la alabanza pueril. Yo lo sabía. Recordaba tus ojos sagaces detrás de las gafas, esos ojos tuyos que oyen las palabras de manera asombrosa. Yo lo sabía. Y ese conocimiento me hizo cómplice del silencio. Cuando leí tus héroes y tus tumbas sólo tenía yo entusiasmo y torpeza, y ahora, que seguía teniendo el mismo entusiasmo y tal vez un poco menos de torpeza, había pasado tanto tiempo. Se me había pasado el tiempo. Pero esta mañana descubrí que don Antonio tenía razón, que hoy es siempre todavía.

Seguro, querido Ernesto, que todos van a decir en este homenaje a tu obra y a tu persona cosas magníficas, cosas inteligentes y sagaces sobre tu forma de escribir, tus personajes, la estructura de tus novelas, la agudeza de tus ensayos, tu inviolable moral, tu asombroso coraje. Estoy segura. Pero también estoy segura de que nadie te va a decir lo que yo. Y por una y muy simple razón: porque mi corazón no es mas que mío y, en cierto modo, tuyo.

En una ocasión me dijo nuestro común amigo y gran poeta Luis Rosales: «¿Te has dado cuenta, Paca, que hay personas que cuando te dan la mano te enriquecen?». Tenía razón. Una de esas personas eres tú. Hay muy pocas.

Recuerdo bien cómo te descubrí. Primero buscándote en tus libros. Después, buscándote en los seres.

Cuando estuve en Buenos Aires no pude verte, pero te vi. Te vi en Abelardo, en Liliana, en Arnoldo y, después, en Félix. Algo pro-

fundamente tuyo se había quedado en ellos. Volví a mi tierra trayéndome conmigo parte de la tuya. Para mí, Buenos Aires se quedó detenido en 1971. Nadie me quitará ese resplandor tímido de las mañanas bonaerenses de junio, el vuelo verde de sus parques, la ternura finisecular de la Boca, el parloteo de Florida. Están conmigo para siempre como un regalo inmerecido.

A la vuelta releí *Sobre héroes y tumbas* para, como decía Cernuda, «pasar de nuevo aquellas calles / mientras cruza la luna por el aire». Y soñar despierta.

Y un día apareciste tú. Tú, como decía Miguel Hernández, «con quien tanto quería». Apareciste del brazo de Matilde. ¡Ay, Ernesto! Yo había hablado tanto contigo; había discutido contigo y Alejandra, contigo y Castel, contigo y Arnoldo, contigo y Martín, contigo y Abelardo, contigo y Félix, contigo y Buenos Aires. Y ahora tú estabas ahí. Sonriendo como si tal cosa. Después del lío que habías organizado en mi corazón. Ahí, sonriendo. Con Matilde, que también sonreía. ¡Ay, Ernesto, creo que hasta yo sonreía! Sabes, Ernesto, yo leí *Sobre héroes y tumbas* al mismo tiempo que me enamoraba de Félix. Y creo que también me enamoré de tu novela. Y conmigo siguen tu novela y mi amor. De vez en cuando me gusta releer algunas páginas y siento que me vuelvo a enamorar un poco más de la novela y otro poco de Félix. ¡Ay, Ernesto! Nunca sabrás la alegría que le diste a mi corazón aquella mañana en que apareciste del brazo de Matilde en un hotel de Madrid. Así es que —dijo mi corazón— éste es Ernesto. Este que sonrío detrás de sus gafas, esta persona hermosamente viva y solidariamente tierna. ¡Ay, Ernesto, creo que me enamoré otro poco de los dos! De Matilde y de ti, porque no había manera de separaros en aquella milagrosa mañana de Madrid.

Después os he vuelto a encontrar. Hemos hablado. Hemos reído. También hemos llorado. Pero aquella primera vez fue para siempre. Y ahora, por fin, llegamos a lo que te decía al principio. Yo no voy a hablar de tus libros de ensayo, ni de tus novelas, ni de tu trayectoria personal. Yo, Ernesto, voy a decirte algo mucho más sencillo. A mí lo que me pasa es que te quiero. Hazme un favor: en cuanto puedas, date una vuelta por Madrid con Matilde del brazo.

FRANCISCA AGUIRRE